

LIBERTAD, MAL Y BELLEZA EN LOS INEDITOS DE ZUBIRI
(X.Zubiri,*Sobre el sentimiento y la volición*, Alianza Edt.,
Madrid,1993)

En la presente obra Diego Gracia ha recogido tres cursos inéditos de Zubiri: 'Acerca de la voluntad' (1961), 'El problema del mal' (1964), y 'Reflexiones filosóficas sobre lo estético' (1975) que completan sus estudios sobre la inteligencia recogidos en la trilogía *Inteligencia sintiente: Inteligencia y realidad, Inteligencia y logos, Inteligencia y razón*. Intelección, sentimiento y voluntad son los tres aspectos de la aprehensión humana para el filósofo vasco, el cual no tiene una concepción intelectualista del hombre sino que, siguiendo a Aristóteles y la Escolástica se plantea al ser humano como un ser que se relaciona con la realidad no sólo a través del conocimiento sino también del deseo y el sentimiento.

Comenzando por su análisis de la voluntad Zubiri la enfoca desde el punto de vista del apetito, de la determinación y de la actividad. La voluntad es un apetito racional que supone una decisión basada en una preferencia, ya que las determinaciones dejan inconclusa la acción, y que no es espontáneo sino que exige una actividad.

La voluntad nos conduce a la libertad y aquí Zubiri retoma las nociones de Molina: la libertad es "aquel acto o aquella potencia del hombre en virtud de las cuales, puestas todas las condiciones requeridas para el acto, sin embargo el hombre puede obrar o no obrar, obrar en una forma o en otra" (p.104) Lo esencial de la libertad humana reside en la capacidad no ya de haber podido ejecutar B mientras que ejecuto A sino el de estar pudiendo ejecutar ese B mientras que ejecuto este A. No solamente tengo al mismo tiempo que ejecuto un acto potencia para ejecutar el contrario sino que tengo también la potencia de ejecutar el acto contrario mientras estoy ejecutando éste: "No simplemente la simultaneidad de potencias sino la potencia de simultaneidad. La *potentia simultatis* y no la *simultas potentiae*" (p.105) La libertad supone una potencia indiferente lo que no exige un equilibrio de tendencias como la que atenazaba al asno de Buridán. Por otra parte, la libertad no es una

mera espontaneidad; no supone sólo determinarse 'desde' sí mismo sino determinarse 'por' sí mismo. Todo acto libre ha tenido una razón suficiente que lo explica pero esta razón no es necesitante ya que podría haberse debido a otras razones suficientes.

Respecto al espinoso problema que presenta para los creyentes la conciliación entre la libertad del hombre y la dependencia que éste presenta en tanto que criatura respecto a Dios, Zubiri se adhiere a la doctrina del **concurso mediato** frente a las dos más clásicas expuestas ya en la famosa controversia *de auxiliis* de los siglos XVI y XVII: la **promoción física** defendida por los dominicos con Bañez a la cabeza y el **concurso simultáneo** basado en la **ciencia media** que defendieron los jesuitas siguiendo a Molina. La promoción física es la acción divina que recibe la criatura de una forma real y efectiva, de manera intrínseca, previamente a su acción y completamente determinada y, por tanto, irresistible, - irrefragable dice Zubiri - y que además la 'obliga' a querer libremente dicha acción. Dios me mueve a la acción y después hace que la quiera libremente de tal modo que sea yo el responsable de la misma. Las consecuencias que tiene esto para la moral las veremos posteriormente. Molina en cambio interpreta la acción libre como el resultado de un concurso simultáneo entre Dios y el agente humano. Este concurso es indiferente por parte de Dios, lo que obliga a que sea la voluntad del agente humano la que especifique dicha moción divina.

Las dos posturas clásicas analizadas parten del presupuesto común de que el concurso divino con la acción humana es inmediato; frente a ellas Zubiri apuesta por el concurso mediato según el cual la voluntad humana se ve movida por agentes intermedios entre Dios y ella: "En resumen, Dios me ha dado fuerza (voluntad) para hacer que algo 'sea' libremente. En cuanto 'es' participa de Dios y aquí está la total autoridad de Dios en el orden trascendental. En cuanto es 'libremente' puesta, hay interpuesta mi decisión en forma de causa segunda, determinada por otras causas segundas" (p. 171)

Como ya he escrito en otras ocasiones la hipótesis de un Dios personal creador y providente imposibilita resolver el problema de la conciliación o concordia entre el libre albedrío, el don de la gracia, la presciencia divina, la providencia, la predestinación y la reprobación, por hacer referencia a la obra de 1588 de Luis de Molina, pieza clave en esta

polémica. Sólo la hipótesis inmanentista, materialista de Hobbes o Espinosa permite salir de una arenas movedizas en las que se enfangan no sólo los escolásticos aludidos a los que sigue Zubiri sino también aquellos filósofos modernos que mantienen la hipótesis teísta como Descartes, Malebranche o Leibniz.

Respecto al problema del mal podemos decir que para Zubiri bien y mal no son valores ni tampoco nudas realidades sino 'realidades en condición', lo cual supone que no hay nada bueno ni malo en sí mismo sino que siempre es bueno o malo 'para alguien'. La realidad del mal se presenta en diversos tipos: maleficio, malicia, malignidad, maldad. Dado que el mal en un sentido estricto sólo le puede acaecer al hombre tenemos un **maleficio** cuando algo "promueve la desintegración o la disarmonía de mi sustantividad en el orden psicobiológico" (p.258). Cuando el mal no es algo que me suceda sino que depende de mi voluntad, es algo en que me coloco yo mismo por mi propia condición, entonces tenemos la **malicia**, que es "una instauración del mal como poder, a diferencia del maleficio, que es justamente la transición interactiva de unas cosas respecto de otras" (p. 273). El siguiente nivel en esta escala creciente del mal lo constituye la **malignidad** mediante la cual produzco el maleficio en otro a través de una inspiración del mal en su voluntad. Por último, tenemos la **maldad** que es "el poder del mal como principio tópico del mundo, es la erección del mal en principio, en poder objetivo"(p.281)

A continuación, Zubiri plantea el problema del origen del mal retomando toda la tradición teológica que se ve obligada de nuevo a hacer arabescos para poder conciliar el carácter todopoderoso de Dios, y en ese sentido fuente de toda la actividad necesaria o libre de sus criaturas, y su carácter de justo que le obliga a castigar el mal. Toda la realidad es para Zubiri el resultado de la creación entendida como "la posición de la alteridad sin alteración" del propio Dios. Dicha creación hace que las cosas tengan sentido, y en el sentido cristiano esto significa que son 'gloria de Dios'. La cuestión del mal plantea, pues, la necesidad de una 'teodicea' o justificación de Dios. Respecto al primer nivel del mal, el maleficio, es claro que Dios no es su autor, dado que dicho maleficio es el resultado de la interacción respectiva de cosas cada una de las cuales es buena por sí misma. (Dicho sea de paso, esta es la única

posición coherente para el mal en su conjunto: el mal es el resultado de encuentros desgraciados entre cosas que cada una por sí son buenas y perfectas). Respecto a los otros niveles del mal: la malicia, la malignidad y la maldad, Zubiri retoma la postura clásica cristiana que considera que el causante del mal no es Dios sino mi libertad y además el postulado ontológico que afirma que es más completo y mejor un mundo en el que existan seres libres a pesar de que su libertad los abra al mal que un mundo en el que no hubiera mal pero tampoco libertad. La malicia es ocasión de que existan más bienes y además el mal no es algo querido por Dios sino sólo aceptado por él con **voluntad permisiva** y no con **voluntad de beneplácito**; su razón última estriba en su ordenación a un bien mayor: "la sustantividad de la realidad humana como realidad moral". Nunca he comprendido esta apuesta por la diversidad ontológica que supone que es más rico un mundo en que hay seres libres que un mundo en el que todo sea necesario, porque resulta que la principal justificación del libre albedrío humano en la escolástica ha sido siempre dar a posibilidad a Dios de condenar a los malos de una manera justa, pero como estos están a su vez predestinados (ya sea **ante praecisa merita** o bien **post praecisa merita**), se vuelve a generar otra serie de conflictos insolubles que se zurcen como se puede según la tendencia optimista o pesimista del teólogo de turno.

El último trabajo recogido en el volumen, aparte del apéndice "Las fuentes espirituales de la angustia y la esperanza", se trata de una reflexión ontológica sobre el fenómeno estético, que tiene dos partes: el análisis del sentimiento estético y la indagación de la índole de la realidad que produce dicho sentimiento estético. Para Zubiri el sentimiento no es una mera tendencia ni un mero estado, sino un modo de estar realmente en la realidad, un modo de estar 'atemperado' a la realidad, de acomodarse tónicamente a la misma (p.335). Dentro de los sentimientos el sentimiento estético es una fruición de la realidad por el mero hecho de ser real: "Es la fruición en algo real, simplemente porque es real" (p.345). Esto hace que en todo sentimiento exista una componente estética, la componente 'real' de dicho sentimiento, por la que se da la fruición de lo real como real.

Respecto a la realidad que produce el sentimiento estético esta es la belleza, lo *pulchrum*, que no es un valor, ni una cualidad sino un aspecto

de la realidad que se da en tres estratos distintos: el nivel de lo **hermoso (formoso)**, que tiene forma frente a lo deforme; un segundo nivel en el que las cosas no son contempladas por su **realidad** sino por **ser reales**, (lo que permite superar la estética de la belleza propia del clasicismo y abrirse a las **estéticas de lo feo** propias del arte contemporáneo);el último nivel de la belleza alcanza la fruición de la realidad **en cuanto realidad**. En este tercer nivel lo **pulchrum** es "pura y simplemente la realidad en cuanto tal limitada, y en cuanto actualizada en una fruición"(p.369). Como vemos, la concepción de lo bello que tiene Zubiri es trascendental en el sentido escolástico del término, es decir, lo bello , como lo bueno y lo verdadero, es un carácter que tienen las cosas por el mero hecho de ser.

Concluimos recomendando la lectura de estos escritos zubirianos que tienen la rara virtud de otorgar una profundidad ontológica a temas como los éticos y estéticos a los que la reflexión contemporánea trata a veces muy ligeramente al considerar que las dimensiones ontológicas son irrelevantes en estos ámbitos y con ello se sitúan en realidad en la metafísica más banal y pedestre y además ignorada como tal.

Francisco José Martínez

HISTORIA DE LAS RELIGIONES ANTIGUAS.ORIENTE, GRECIA Y ROMA,
(J. M. Blazquez, J. Martínez-Pinna y S. Montero, Cátedra, Madrid, 1993.)

"Los dioses no han muerto: lo que ha muerto ha sido nuestra visión de ellos. No se han ido: hemos dejado de verlos. O hemos cerrado los ojos o una niebla cualquiera se ha interpuesto entre ellos y nosotros. Continúan existiendo, viven como han vivido, con la misma divinidad y la misma calma". (F. Pessoa, El regreso de los dioses)

El libro que comentamos es una introducción muy útil a una temática - la de las religiones antiguas, paganas, politeístas -que nuestra modernidad judeo-cristiana - monoteísta - ha pretendido dejar atrás de una forma tan apresurada como sospechosa y que sin embargo permanece agazapada en el inconsciente colectivo, en la poesía ,en el arte, incluso en el